

## *La lámpara de la memoria*

Entre las horas de su vida a las que este escritor echa la vista atrás con mayor gratitud, por haber estado marcadas por algo más que el común gozo absoluto o la claridad de una enseñanza, se cuenta una que aconteció hace algunos años, cerca de la puesta de sol, entre los abundantes restos de pinares rotos que rodean el curso del Ain, por encima del poblado de Champagnole, en el Jura. Se trata de un enclave que reúne toda la solemnidad, mas nada del salvajismo, de los Alpes; donde uno puede sentir el arranque de un gran poder que emana de la tierra, así como una profunda y majestuosa concordia en el modo en que se alzan las extensas líneas bajas de las colinas de pinares; los acordes iniciales de las sinfonías creadas por esas vigorosas montañas, prestas a elevar su volumen y a irrumpir con estruendo a lo largo de las almenas de los Alpes. Su poder, sin embargo, permanece contenido; y las lejanas crestas de las pastoriles montañas se suceden unas tras otras, al modo en que un susurrante y amplio oleaje, proveniente de algún remoto mar tormentoso, agita unas aguas tranquilas. Y existe una honda ternura que impregna tan vasta monotonía. Las fuerzas destructivas y la adusta expresión de las cordilleras centrales son convocadas por igual. No existen senderos del antiguo glaciar que, arados por la escarcha o sembrados de polvo, inquieten a las pasturas del Jura; no hay astilla-

das pilas de ruinas que rompan las ordenadas hileras de su bosque; no hay pálidos, contaminados ni furiosos ríos que irrumpan entre sus rocas con sus modos bruscos y cambiantes. Pacientemente, remolino a remolino, riachuelos de un verde prístino serpentean a lo largo de sus conocidos lechos; y, bajo el oscuro sosiego de los imperturbados pinos, año tras año brota una compañía de jubilosas flores para la que no he encontrado parangón entre el resto de bendiciones de la tierra. Nos hallábamos en primavera y salían formando racimos unidos de puro amor; había sitio para todos, pero aplastaban sus hojas generando toda suerte de dibujos extraños con el solo deseo de estar cerca las unas de las otras. Estaba la anémona de bosque, estrella tras estrella, plegándose de tanto en tanto en una nebulosa; y estaba la oxalis, tropa tras tropa, como las procesiones virginales del Moisés de Marie, los oscuros y verticales hoyuelos en la caliza rebosantes de ella, como si se tratara de nieve endurecida, y con muestras de hiedra en los márgenes; hiedra tan ligera y encantadora como la vid; y, de forma intermitente, un borbotón azul de violetas y campanillas de primulas en rincones soleados; y en terrenos más abiertos, la algarroba, la consuelda, el mezereón y los diminutos capullos de color zafiro de la Polygiana Alpina, así como la fresa salvaje, apenas una floración o dos, esparcidas todas entre la suavidad dorada del profundo, cálido y ambarino musgo. Enseguida desemboqué en el filo de un barranco: el solemne murmullo de la aguas se elevó de repente del suelo, mezclado con el canto de los tordos en las ramas de los pinos; y, en el lado opuesto del valle, amurallado en toda su extensión por grises acantilados de cali-

za, se veía a un halcón navegando lentamente por sus cimas, tocándolas casi con sus alas, mientras las sombras de los pinos titilaban sobre su plumaje desde las alturas; el ímpetu de un centenar de brazas bajo su pecho y los rizados remansos del verdoso río deslizándose y reluciendo vertiginosamente allá abajo, sus globos de espuma desplazándose con el ave durante su vuelo. Resultaría difícil concebir una escena menos dependiente de otros intereses que no fueran su propia belleza, recóndita y grave; mas el escritor bien recuerda el vacío y el frío que súbitamente la cubrieron, al tratar, por un momento y en aras de llegar a las fuentes del sobrecogimiento que provocaba, de imaginársela perteneciendo a un bosque aborigen del Nuevo Continente. En un instante las flores perdieron su luz, el río, su música; las colinas se tornaron opresivamente desoladoras; una pesadez en las ramas del umbrío bosque reveló cuánto de su antiguo poder había dependido de una vida que no le era propia, cuánta de la gloria de lo imperecedero o de lo continuamente novedoso en la creación es, en verdad, un reflejo de cosas más preciadas por la memoria que por la renovación misma. Aquellas flores que brotaban y aquellos estanques que fluían sin descanso se habían visto teñidos por los vivos colores de la resistencia, el valor y la virtud humanas; y las marronosas cimas de las colinas, que se recortaban contra el cielo del atardecer, eran objeto de una mayor adoración porque sus lejanas sombras descendían por el este sobre los muros de hierro de Joux y el incólume castillo de Grandson.

Es en tanto que núcleo y protección de tan sagrada influencia que debemos contemplar a la Arquitectura con la máxima seriedad. Podemos vivir sin ella, adorar

sin ella, pero no podemos recordar sin ella. Cuán fría es toda historia, cuán desprovista de vida toda imaginería en comparación con aquello que contiene el mármol incorrupto y sobre lo que decide escribir una nación despierta, cuántas páginas de dudosos recuentos podríamos ahorrarnos de no ser ¡por unas pocas piedras apiladas las unas sobre las otras! La ambición de los antiguos constructores de Babel estaba bien encaminada a las necesidades de este mundo: no hay más que dos vigorosos conquistadores del carácter olvidadizo del hombre, la Poesía y la Arquitectura; y esta última, en cierto modo, contiene a la primera, siendo su realidad más poderosa; es bueno contar no solo con aquello que el individuo ha pensado y sentido, sino también con aquello que sus manos han acarreado, su fuerza, forjado, y sus ojos, contemplado, todos los días de su vida. La época de Homero está envuelta en sombras y su personalidad en dudas. No tanto la de Pericles: se acerca el día en que deberemos confesar que hemos aprendido más acerca de Grecia gracias a los pedazos de sus desmoronadas esculturas que a los bellos relatos de sus cantores o de sus belicosos historiadores. Y si ciertamente podemos sacar algún provecho de nuestro conocimiento del pasado, o algún gozo de la conciencia de que seremos recordados por la posteridad, lo cual a su vez puede otorgarnos fuerzas de cara a desempeñar el esfuerzo, o paciencia para resistir, ello radica en la inconmensurable importancia detrás de los dos deberes de la arquitectura nacional: el primero, proyectar la arquitectura del presente con miras históricas; y, el segundo, preservar la arquitectura del pasado como la más valiosa de las herencias.

## *La lámpara de la memoria*

Es dentro de la primera de estas direcciones que podemos afirmar que la Memoria es en verdad la Sexta Lámpara de la Arquitectura, porque los edificios civiles y domésticos solo adquieren su plena perfección al apuntar a la memoria y a la monumentalidad; y ello porque, a tal efecto, son, por un lado, erigidos de un modo estable y, por el otro, sus motivos decorativos están impregnados de significados históricos o metafóricos.

En lo que respecta a los edificios domésticos, el hombre siempre debe imponer a su corazón y a su poder ciertos límites en la aplicación de estos principios; de todos modos, no puedo dejar de ver como una muestra de maldad el que una persona construya su casa con la intención de que perdure una sola generación. La casa de un buen hombre posee una santidad que no puede ser renovada con cada bloque de pisos que se alce desde sus ruinas: y creo que los buenos hombres son, por lo general, capaces de percibirlo; y que, habiendo llevado vidas felices y honorables, les dolería, llegado su fin, pensar que el lugar de su morada terrenal, testigo de todo su honor, regocijo y sufrimiento, un lugar que se diría también capaz de mostrar consuelo —ese sitio con todos los recuerdos que guarda de ellos, con todas las cosas materiales que amaron y sobre las que gobernaron, con todo aquello sobre lo que dejaron huella— se viera barrido en el mismo instante en que ellos encontraran acomodo bajo tierra; que no se le mostraría respeto, que nadie sentiría nada por él, que sus hijos no obtendrían de él provecho alguno; que, aunque existiera un monumento en la iglesia que recordara a esa persona, no lo habría en el hogar que lo cobijó; que todo cuanto atesoró fue despre-

ciado, y los sitios que lo habían resguardado y garantizado comodidad habían quedado reducidos a polvo. Yo afirmo que un buen hombre temería todo esto: y es más, que un buen hijo, un noble descendiente temería hacérselo a la casa de su padre. Yo afirmo que si los hombres vivieran como tales, sus casas serían templos —templos que no nos atreveríamos a profanar y que, de permitirse-nos vivir en ellos, deberían hacernos sentir santos—; y que se produciría una extraña disolución de los afectos naturales, un extraño desagradecimiento por todo aquello que los hogares han ofrecido y los padres enseñado, una extraña conciencia de haber sido infieles al honor de nuestro padre, y que nuestras propias vidas no se conducen con el fin de convertir nuestras moradas en algo sagrado para nuestros hijos, en el caso de que cada hombre solo se ocupara de buen grado de construir para sí mismo, con la mirada puesta únicamente en la pequeña revolución de su propia vida. Y contemplo esas lamentables moles de cal que en mohoso avance brotan en masa por los campos que rodean nuestra capital —entre esas delgadas y tambaleantes cáscaras sin cimientos, hechas de madera astillada y piedra de imitación—, dispuestas en sombrías hileras de minuciosa formalidad, idénticas y distantes entre sí, tan solitarias como similares, y lo hago no solo con el indiferente disgusto de un ojo ofendido, no solo con pesar por un paisaje profanado, sino con la dolorosa premonición de que las raíces de nuestra grandeza como nación deben estar profundamente ulceradas cuando se muestran tan castigadas en su tierra de origen; que esas moradas deshonoradas y desprovistas de cualquier comodidad constituyen señales de un enorme y muy ex-

tendido espíritu de descontento popular; que son prueba de una época en que la aspiración de todo hombre es posicionarse en una esfera más elevada de la que le corresponde por naturaleza, en la que su vida pasada es motivo de desprecio; una época en que los hombres construyen con la esperanza de dejar atrás aquello que han levantado, y viven con la esperanza de olvidar los años vividos; cuando el consuelo, la paz y la religión del hogar ya no se sienten más; y los abarrotados bloques de edificios de una población incansable y luchadora apenas difieren de las tiendas de los árabes y de los gitanos por su acceso menos saludable al aire del cielo, por una no tan afortunada elección de su enclave sobre la tierra, por sacrificar la libertad sin la recompensa del descanso y la estabilidad sin el lujo del cambio.

Esto no es un mar menor y sin consecuencias; resulta ominoso, infeccioso y fecunda otros defectos e infortunios. Cuando los hombres no aman sus hogares ni reverencian sus umbrales dan señales de haber deshonrado a ambos, y de que jamás comprendieron la verdadera universalidad del culto cristiano, consistente en reemplazar la idolatría, que no la piedad, del pagano. Nuestro Dios es un Dios doméstico, a la par que uno divino: Él tiene un altar en el hogar de cada individuo; que el hombre pose la vista en este cuando quiera arrancarlo con ligereza y esparcir sus cenizas. No es una mera cuestión de deleite óptico, de orgullo intelectual, de gusto refinado y discerniente, cómo y con qué grado de duración y acabado deberían erigirse los edificios domésticos de una nación. Hablamos de una de esas tareas morales, cuya desatención no deja de ser punible, puesto que la percep-

ción de aquéllos depende de una afinada y equilibrada meticulosidad a la hora de construir nuestros hogares con cuidado, paciencia y cariño, al tiempo que diligencia en su compleción y con la mirada puesta en que duren, cuanto menos, un período de tiempo similar al que, durante el curso natural de las revoluciones nacionales, se espera que lo hagan todas las alteraciones introducidas en beneficio de los intereses locales. Esto cuanto menos; sería preferible, no obstante, que, siempre que se pudiera, los hombres construyeran sus casas a una escala proporcional al estado de sus carreras en el momento del inicio de las obras, antes que a la derivada de sus logros al final de las mismas; y erigirlas pensando que aguantarán en pie tanto tiempo como vaya a perdurar el mayor de los esfuerzos acometidos por el género humano; mostrándoles a sus hijos lo que fueron y, si así les fue permitido, desde donde se alzaron. Cuando las casas sean construidas de esta manera, quizás alcancemos la verdadera arquitectura doméstica, el inicio de todo cuanto seguirá, aquello que no despreciará el tratar con idéntico respeto y detenimiento a la vivienda grande como a la pequeña, y que combatirá con la digna satisfacción de la madurez las limitaciones de las circunstancias mundanas.

Considero este espíritu de honorable, orgulloso y pacífico autodomínio, esta sabiduría perdurable de lo que es una vida alegre como probable fuente soberana de un gran poder intelectual a cualquier edad y, más allá de toda discusión, como la raíz primigenia de la magnífica arquitectura de Italia y Francia. Hasta el día de hoy, el interés que despiertan sus mejores ciudades no recae en la aislada riqueza de los palacios, sino en la estimada y exquisita



decoración de hasta el menor de sus edificios pertenecientes a sus más valiosas épocas. La más elaborada muestra arquitectónica de Venecia es una pequeña casa al inicio del Gran Canal, la cual comprende un sótano y dos pisos por encima de él, con tres ventanas en el primero y dos en el segundo. Muchos de los más exquisitos edificios se hallan en los canales más estrechos y de dimensiones más reducidas. Uno de los más interesantes ejemplos de la arquitectura del siglo xv en el norte de Italia es una casita en un callejón, detrás del mercado de Vicenza; data del año 1481 y una inscripción reza *Il. n'est. rose. sans. épine.*; consta apenas de un sótano y de dos pisos con tres ventanas, separadas por esmerados grabados florales, y tres balcones, el central con un soporte en forma de águila con las alas extendidas, y los laterales con soportes que representan grifos alados sobre una cornucopia. La idea de que una casa debe ser espaciosa para estar bien construida es un producto de la modernidad, encontrando su reflejo en aquella que proclama que una pintura no puede ser histórica a menos que sea de un tamaño tal que admita figuras más grandes que la vida.

En consecuencia, yo haría que nuestras viviendas se construyeran para perdurar y resultar encantadoras; tan ricas y agradables como pudieran llegar a ser, tanto por dentro como por fuera; acerca de los grados de similitud y divergencia entre ellas, en lo que respecta al estilo y las maneras, ya me extenderé; pero, en cualquier caso, con las diferencias necesarias para complacer y reflejar el carácter y ocupación de cada hombre, así como parcialmente su historia. Bajo mi punto de vista, este derecho sobre la casa

*John Ruskin*

recae en su constructor original y debe ser respetado por sus hijos; y estaría bien que se depositaran piedras blancas en varios puntos, de cara a ser grabadas con recuentos de su vida y de sus experiencias, elevando lo que era solo una morada a una suerte de monumento, y practicando, con ánimo de instruir de forma sistemática, esa buena costumbre, antaño universal y que persiste entre algunos suizos y alemanes, consistente en reconocer la gracia de Dios por permitirnos construir y poseer un lugar tranquilo en el que descansar, empleando unas palabras tan bellas como las que siguen, las cuales bien podrían servir para cerrar la discusión sobre este asunto. Las he tomado prestadas de la fachada de una casa de campo erigida recientemente entre las verdes pasturas que descienden desde el pueblo de Grindelwald hasta el bajo glaciar:

*Mit herzlichen Vertrauen  
Hat Johannes Mooter und Maria Rubi  
Dieses haus bauen lassen.  
Der liebe Gott woll uns bewahren  
Vor allem Unglück und Gefahren,  
Und es in Segen lassen stehn  
Auf der Reise durch diese Jammerzeit  
Nach dem himmlischen Paradiese,  
Wo alle Frommen wohnen,  
Da wird Gott sie belohnen  
Mit der Friedenskrone  
Zu alle Ewigkeit.\**

\* «Con confianza emanadas del corazón / Johannes Mooter y Maria Rubi / esta casa han construido. Nuestro querido Dios nos protegerá / de todo infortunio y peligro. / Y que yerga bendecida / durante este trayecto, a través de

En los edificios públicos la intención histórica debería estar aún más marcada. Una de las ventajas de la arquitectura gótica —empleo el término «gótico» en su sentido más amplio, en tanto que abiertamente opuesto a lo clásico— es que permite una ilimitada riqueza de manifestaciones. Sus minuciosas y múltiples decoraciones escultóricas están abiertas a expresar, tanto simbólica como literalmente, todo cuanto necesitamos saber acerca de los sentimientos o logros nacionales. Por lo general se ha recurrido a más decoración de la que podía sostener un carácter tan elevado: y mucho, incluso en los períodos más considerados, se ha dejado en manos del capricho o no ha consistido más que en repeticiones sobre un mismo motivo o símbolo nacional. De todas maneras, suele ser poco acertado, incluso en las superficies puramente ornamentales, ceder al poder y a los variados privilegios que admite el espíritu de la arquitectura gótica: con más motivo si se trata de elementos clave: los capiteles de columnas o pinjantes, las hileras de voladizos y, por descontado, de todos los bajorrelieves confesos. Es preferible el más tosco de los trabajos, pero que cuenta una historia o que registra un hecho, que el más rico si bien vacío de significado. No debería colocarse un solo ornamento en los grandes edificios cívicos que no tenga detrás algún propósito intelectual. En los tiempos modernos la representación de hechos históricos se ha enfrentado a una dificultad tan maliciosa como obtusa: el vestuario inmanejable; sin embargo, mediante un tratamiento lo sufi-

tiempos pesarosos, / hasta el Paraíso en el cielo / donde moran todas las buenas personas, / allá Dios los recompensará / con la corona de la paz / por toda la eternidad». [N. del T.]

cientemente atrevido e imaginativo, y un empleo franco de los símbolos, tales obstáculos pueden superarse; quizás no en grado suficiente para alumbrar escultura satisfactoria en sí misma pero, sin ningún género de dudas, sí capaz de convertirla en un elemento notable y expresivo de composición arquitectónica. Tomemos, por ejemplo, el tratamiento dado a los capiteles del palacio ducal de Venecia. A los pintores de su interior se les confió sin duda la tarea de hacer Historia, pero cada uno de los capiteles de sus arcadas se llenó de significado. El mayor de ellos, situado en una de las esquinas del conjunto, junto a la entrada, se destinó a simbolizar la Justicia Abstracta; sobre él hay una escultura del Juicio a Salomón, remarkable por la belleza con que su tratamiento cumple con su propósito decorativo. Las figuras, en el caso de que el motivo hubiera estado compuesto por entero a partir de ellas, habrían interrumpido de forma extraña el ángulo de la línea, disminuyendo su fuerza aparente; y, por consiguiente, en mitad de todas ellas, de hecho entre el ejecutor y la madre que intercede, se alza, sin mantener la menor relación, el estriado tronco de un árbol majestoso, que sostiene y prolonga la vara del ángulo, y cuyas hojas superiores vierten sombra y enriquecen el conjunto. El capitel inferior contiene entre su follaje una entronizada figura de la Justicia, a Trajano haciendo justicia con la viuda, a Aristóteles «che die legge» y a dos o tres sujetos irreconocibles debido al deterioro. Los capiteles más próximos representan sucesivamente las virtudes y los vicios, como formas de preservar o de destruir el poder y la paz nacionales, cerrando con la Fe, que lleva la inscripción «Fides optima in Deo est». Se detecta una fi-

gura en el lado opuesto del capitel, adorando al sol. Después vemos uno o dos capiteles decorados imaginativamente con aves, luego desfila una serie que primero representa los variados frutos, a continuación la vestimenta nacional y al final los animales procedentes de los diversos países bajo el gobierno de Venecia.

De cara a no seguir hablando de importantes edificios públicos, imaginemos ahora nuestra propia casa hindú, adornada según estos parámetros, es decir, a partir de esculturas históricas o simbólicas: para empezar, muy recargada toda ella; cubierta de bajorrelieves de nuestras batallas hindúes o de tallas de follaje oriental, o taraceado de piedras orientales; y los más relevantes elementos decorativos comprendiendo aspectos de la vida y del paisaje de la India y expresando de forma prominente los fantasmas del culto hindú a resultas de su sometimiento a la cruz. ¿No sería uno solo de ellos más eficaz que un millar de historias? Si, de todos modos, carecemos de la inventiva necesaria para semejante esfuerzo o si, recurriendo a la que probablemente sea una de las más nobles excusas que podemos brindar para justificar nuestras deficiencias en la materia, aseguramos no disfrutar tanto hablando acerca de nosotros mismos, incluso por medio del mármol, que las naciones continentales, cuanto menos carecemos de excusa para no prestar atención a los puntos que garantizan la durabilidad del edificio. Y dado que esta cuestión es de gran interés al estar relacionada con la elección de varios modelos decorativos, será necesario abordarla en algún momento.

Cuando los hombres actúan en masa, raramente puede esperarse que sus consideraciones y propósitos se ex-

tiendan más allá de su propia generación. Pueden tratar a la posteridad como si fuera un auditorio, desear su atención y trabajar de cara a recibir sus elogios: pueden confiar en que reconocerá méritos que han pasado desapercibidos y reclamará justicia por los errores de sus contemporáneos. Pero todo ello no es más que egoísmo y no implica la menor atención o consideración hacia los intereses de aquellos cuyo número de buen grado deseáramos ver crecer entre el círculo de nuestros aduladores, y de aquellos cuya autoridad con satisfacción querriamos que guiara la causa de nuestras reclamaciones presentes. Supongo que la idea de la abnegación en beneficio de la posteridad, de conducir la economía en beneficio de deudores nonatos, de plantar bosques bajo cuya sombra vivirán nuestros descendientes, o de levantar ciudades a ser habitadas por naciones futuras, jamás cristalizan de modo eficiente entre muestras públicas de reconocimiento a los esfuerzos que acarrearán. Esto no significa que no formen parte de nuestras tareas; y nuestro papel en esta tierra no se sostiene, a menos que el arco de nuestra utilidad deliberada e intencionada incluya no solo a nuestros compañeros de peregrinaje, sino también a nuestros sucesores. Dios nos ha cedido la tierra para que vivamos en ella; supone una gran exigencia. Pertenece por igual a aquellos que vendrán después de nosotros, cuyos nombres ya están escritos en el libro de la creación, que a nosotros; y no tenemos derecho, tanto por acción como por omisión, a involucrarlos en penalidades innecesarias, o privarlos de beneficios que estaba en nuestro poder legar. Y ello con más motivo puesto que una de las condiciones que conlleva el trabajo del hom-

bre es que la riqueza del fruto está en proporción al tiempo que transcurre entre la siembra y la cosecha; y que, por consiguiente, contra más lejos desplazemos nuestro objetivo, y cuanto menos deseemos ser testigos de lo que ha producido nuestro trabajo, más amplia y rica será la medida de nuestro éxito. El hombre no puede beneficiar tanto a aquellos que están junto a él como a aquellos que lo sucederán; y de todos los púlpitos desde los que se difunde la voz humana, ninguno tiene mayor alcance que la tumba.

Es bien cierto que nada pierde el presente por mirar al futuro. Cualquier acción humana crece en honor, gracia y magnificencia verdadera al sopesar lo que está por llegar. Es la vista a largo plazo, la paciencia hecha de tranquilidad y confianza, el mayor de los atributos que distingue a un hombre de otro, al tiempo que el que más lo acerca al Creador; y no hay acción ni obra de arte que no pueda ser medida bajo este baremo. Por tanto, al ponernos a construir, pensemos que estamos construyendo para siempre. No lo hagamos solo para el deleite del presente, ni para el exclusivo uso del presente; que sean trabajos por los que nuestros descendientes nos estarán agradecidos, y pensemos, mientras colocamos piedra sobre piedra, que llegará un tiempo en que estas piedras serán sagradas porque nuestras manos las habrán tocado, y que al contemplar el trabajo y los materiales con que fue forjado exclamarán: «¡Mirad! Esto lo hicieron nuestros padres por nosotros». Porque no hay duda de que la mayor gloria de un edificio no radica en sus piedras ni en su oro. Su gloria radica en su antigüedad, en ese profundo sentido de resonancia, de vigilancia adusta y de consue-

lo misterioso, incluso de aprobación o condena, que nos golpea frente a muros barridos por sucesivas olas de humanidad. Es en su calidad de testigo duradero que no posee el hombre, en su plácido contraste con el carácter transitorio de todas las cosas, en la fortaleza con que, a través del paso de las estaciones y de las épocas, del declinar y el nacimiento de las dinastías, de los cambios en la faz de la tierra y de los límites de los mares, conservando su forma escultórica durante un tiempo insuperable, conectando épocas consecutivas y olvidadas, y representando la mitad de la identidad de las naciones al concentrar su compasión: es en esta dorada mancha de tiempo que debemos buscar la verdadera luz y el color, y la hermosura de la arquitectura; y no ha de ser hasta que un edificio ha adquirido su carácter, hasta que se le ha confiado la fama y se ha visto consagrado por las hazañas de los hombres, hasta que sus muros han sido testigos del sufrimiento, y sus pilares se han erigido desde las sombras de la muerte, que su existencia, más duradera que aquella de las obras de la naturaleza que lo rodean, puede dotarse con todo cuanto estas poseen, con el lenguaje y con la vida...

No hablemos pues de restauración. Encierra una Mentira de principio a fin. Uno puede realizar el molde de un edificio como lo puede hacer de un cuerpo, y su modelo puede conservar la cáscara de las viejas paredes, al igual que la escayola del esqueleto. La utilidad de esto ni la veo ni me importa, pero el viejo edificio es así destruido de una forma más absoluta e inmisericorde que si se hubiese hundido hasta formar un montón de polvo, o derretido hasta ser un montón de barro: más se ha podi-



do deducir de la arrasada Nínive que de la reconstruida Milán. Pero hay quien asegura que ¡la restauración puede ser necesaria! De acuerdo. Afrontemos el problema de cara con el fin de entender sus implicaciones. Supone una necesidad de destruir. Aceptémoslo pues, derruid el edificio, arrojad sus piedras a rincones abandonados, o haced con ellas lastres o mortero si lo deseáis; pero hacedlo con honestidad, no lo tapéis con una Mentira. Y si, antes de abordarla, miras de frente esta necesidad, quizás la prevengas. El principio de los tiempos modernos (un principio que sospecho que, cuanto menos en Francia, es *contemplado sistemáticamente por los masones*, con el objetivo de encontrar trabajo, de aquí que la abadía de St Ouen fuera demolida por los jueces del pueblo con el fin de emplear a algunos vagabundos) consiste en comenzar desatendiendo a los edificios para acabar restaurándolos. Procura cuidados eficientes a tus monumentos y no necesitarás restaurarlos. Colocar a tiempo unas pocas hojas de plomo sobre un tejado, quitar unos contados palos y hojas muertas que bloquean el curso del agua, salvarán de la ruina al techo y a los muros. Dedícale a un viejo edificio un cuidado ansioso: protégelo lo mejor que puedas y a *cualquier* coste de toda amenaza dilapidadora. Cuenta sus piedras como si se trataran de las joyas de una corona; establece turnos de vigilancia como si se tratara de las puertas de una ciudad asediada; cíñelo con hierro allá donde se afloje; estabilízalo con madera donde baile; no te preocupes por la fealdad de los remiendos: es mejor una muleta que un miembro perdido; y todo esto hazlo con ternura, reverencia y constancia, y así las generaciones se sucederán a su sombra. El día fatídico

finalmente llegará; deja que lo haga de forma abierta y declarada, no permitas que un sustituto falso y deshonesto lo prive de los oficios funerarios que su memoria merece.

Resultaría vano abordar estragos aún más gratuitos e ignorantes: mis palabras no alcanzarían a aquellos que los cometen<sup>1</sup> pero, caiga o no en oídos sordos, una vez más no puedo dejar la verdad sin constatar: el hecho de si debemos o no preservar los edificios antiguos no es una cuestión de conveniencia o sentimiento. *No tenemos ningún derecho a tocarlos*. No son nuestros. En parte pertenecen a aquellos que los construyeron y en parte a todas aquellas generaciones que nos seguirán. Los muertos preservan sus derechos sobre los mismos: no tenemos derecho alguno a borrar aquello por lo que trabajaron, el elogio por lo conseguido o la expresión del sentir religioso, o cualquier otra cosa que buscaran dejar de forma permanente en esos edificios. Estamos facultados para derruir lo que hemos construido con nuestras manos; no así aquello a lo que otros hombres consagraron sus fuerzas, riquezas y vidas de cara a completar, el derecho sobre ello no se traspasa a su muerte; y aún menos nos es conferido el derecho a hacer uso exclusivo de lo legado. Pertenece al conjunto de sus sucesores. Por consiguiente, puede haber sido motivo de perjuicio o pesar para millones de personas el haber escuchado solo a nuestra conveniencia presente y haber despreciado edificios arrogándonos la decisión de cómo tratarlos. No tenemos derecho a infligir ese dolor, esa pérdida. ¿Acaso la catedral de Avranches pertenecía más a la turbamulta que la destruyó que a nosotros que caminamos con pesar sobre sus

cimientos? Ningún edificio pertenece a la multitud que ejerce violencia sobre él. Porque una turbamulta es lo que es y así será siempre: no importa lo furiosa que esté ni la locura deliberada que la aflija; ni si son incontables sus miembros o se organizan en comités; todo aquel que destroza algo sin causa alguna forma parte de ella, y la Arquitectura siempre es destruida sin motivo. Un buen edificio es necesariamente digno de la tierra sobre la que se levanta, y así lo seguirá siendo hasta que África Central y América alcancen la misma población que Middlesex; y no existe la causa que justifique su destrucción. Independientemente de si alguna vez la hubo, ciertamente hoy no la hay, cuando el inquieto y descorazonador presente usurpa en exceso los lugares del pasado y del futuro en nuestras mentes. El mismo sosiego de la Naturaleza nos es arrebatado gradualmente; miles de personas que antaño, en sus viajes forzosamente largos, estaban expuestas a influencias tales como los cielos silenciosos o los adormilados campos, ahora cargan incluso en su presencia con la incansable fiebre de la vida; y a lo largo de las arterias de hierro que atraviesan el marco de nuestro país, fluyen y golpean los feroces pulsos de sus esfuerzos, más asfixiantes y veloces cada hora que pasa. Toda la vitalidad concentrada a lo largo de esas palpitantes arterias desemboca en las ciudades principales; se pasa por encima del campo como un mar verde que se supera cruzando estrechos puentes y, formando multitudes que se van apretujando más y más, somos arrojados de vuelta a las puertas de las urbes. La única influencia que en semejantes circunstancias es capaz de ocupar sabiamente el lugar de los bosques y campos es el poder de la

Arquitectura antigua. No nos desprendamos de ella en nombre de la plaza elegante, o del paseo vallado o bien sembrado de plantas, o de la calle principal y el embarcadero abierto. El orgullo de una ciudad no yace en ellos. Dejémoselos a las multitudes; pero no olvidemos que entre esos muros inquietos habrá quienes reclamen otros lugares por los que pasear; otras formas en las que depositar con familiaridad su mirada: igual que aquel que con tanta frecuencia tomaba asiento, allá donde el sol se vertía desde el oeste, con el fin de reseguir las líneas de la cúpula de Florencia grabadas sobre el profundo cielo, o como aquellos, sus Huéspedes, que se prometían a diario velar, desde las cámaras de sus palacios, por los lugares donde yacían sus padres, mientras la oscuridad se cernía sobre las calles de Verona.

---

<sup>1</sup> ¡Por supuesto que no! Jamás he oído hablar de palabras más malgastadas que las empleadas por mí a lo largo de la vida, ni de cebo arrojado sobre aguas más turbias. Este párrafo que cierra el capítulo sexto me parece el mejor del libro, y también el más superficial (1880).